



www.loqueleo.com/es

© 2007, María Isabel Molina

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-225-5

Depósito legal: M-36.412-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: agosto de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Pepa

1808-1812 Tiempos de Constitución

María Isabel Molina

Ilustración de cubierta de Natalia Zaratiegui

loqueleg

Preludio
(Cádiz, agosto de 1808)

No era todavía un anciano, aunque el pelo blanco le añadía años. Tenía un perfil duro, con una nariz grande y una mirada que absolutamente nadie, ni familiares ni criados, se atrevía a sostener. Ahora descansaba en su propia cama, sostenido por almohadones, después de que el médico, su médico al fin, no uno de aquellos cirujanos del ejército, le hubiera curado la herida de la pierna, torciendo el gesto en una expresión más elocuente que las palabras.

—No tiene buen aspecto, don Gonzalo.

—Usted, cúrela, eso es lo importante. Saque su bisturí y corte todo lo malo.

La pierna estaba hinchada dos veces su tamaño y unas líneas rojas ascendían desde la pequeña herida de la pantorrilla hasta el muslo. El médico había sacudido la cabeza.

—Lo haré, pero no sé si dará resultado, don Gonzalo. Han pasado muchos días y esta pierna está muy mal.

—Ya lo sé. ¿Por qué cree que he venido en litera, arrastrándome por esos caminos?

6 Durante veinte días había formado parte de una comitiva que viajaba lentamente por las escarpaduras de la sierra en las primeras horas del día de aquel verano tan caluroso. A las doce buscaban posada para descansar y muchos días daban por terminada la jornada. Otros, si sabían de otra posada a poca distancia, avanzaban unas horas al caer de la tarde, aprovechando que no oscurecía hasta las nueve de la noche.

Así había vuelto don Gonzalo Fernández, conde de los Llanos, a su casa de Cádiz. Volvía herido en una pierna por la metralla francesa en la batalla de Bailén; la herida no parecía importante, pero se resistía a cicatrizar a causa del terrible calor. En Bailén, los cirujanos del general Reding habían querido cortar la pierna por debajo de la rodilla, pero él se había negado. Una herida tan pequeña no justificaba una cirugía así; no eran más que carniceros que solo sabían cortar.

Había pedido permiso al general para volver a su casa.

Ahora se encontraba en su cama, rodeado por su familia y sus criados, y estaba dispuesto a aceptar la cura que hiciese falta. A su lado, se hallaba su cuñada Amalia, que había cuidado de la casa y de su hijo desde que muriese su mujer. A los pies de la cama, su hijo Manuel, más alto que él, un buen muchacho, cada vez más parecido a su madre; al otro lado, el notario y el administrador; al fondo de la habitación, se desdibujaban contra la pared las siluetas de algunos criados, con Tomás, el mayordomo, al frente.

—Siento haber vuelto herido. Lo siento más que todos vosotros porque la herida es mía y me duele a mí. Estuve en Madrid en el mes de mayo, cuando se llevaron a los infantes a Bayona, porque me habían encargado de la preparación del viaje. Mala idea viajar con niños tan pequeños, pero como los reyes se iban a encontrar con Napoleón en Bayona... ¡Los críos! El infante don Francisco se echó a llorar al bajar las escaleras. ¡Quería seguir jugando! Una mujer gritó y se amotinó la gente que lo estaba viendo. Aquello fue terrible;

había mujeres, niños, paisanos... El general Murat, el muy bruto, mandó disparar los cañones contra la gente... Y luego los mamelucos y los polacos irrumpieron a caballo por la calle Mayor y la calle Alcalá. El pueblo acometía a los caballos a navajazos. Todo Madrid ardió; al final, los artilleros del cuartel de Monteleón dieron armas al pueblo y se hicieron fuertes en el cuartel. Murat tenía treinta y cinco mil hombres acantonados en Madrid; tres mil formaban la guarnición...

Don Gonzalo dio un suspiro; aquellos eran malos recuerdos.

—La sublevación solo duró un día; las represalias fueron terribles... y estalló la guerra en todo el país; yo participaba de los planes que tenían los artilleros para una sublevación general en toda España, pero lo de Madrid lo aceleró todo. Dejé que los infantes hicieran el viaje a Bayona custodiados por los franceses que ya no se fiaban de nosotros y me puse en contacto con el general Castaños. El ejército francés es el mejor del mundo y Napoleón es un genio; ha vencido a todos los ejércitos de Europa, ¡pero los hemos derrotado en Bailén! Nosotros y el calor y los garrochistas andaluces, pero los hemos

derrotado. Se puede hacer y habrá que volver a hacerlo. Bailén solo ha sido una batalla, queda mucha guerra hasta que los echemos de España, y mi casa y yo tomaremos parte.

Calló un momento; un rayo del sol poniente entraba por la ventana y uno de los criados se movió para correr la cortina y dejar la habitación en penumbra; hacía demasiado calor y a don Gonzalo le caía un hilo de sudor cara abajo. Doña Amalia, su cuñada, se inclinó y se lo secó con su pañuelo. El conde le apartó la mano.

—Antes de que el doctor comience su nueva cura, quiero deciros algo que me importa; no pienso morirme, pero por si acaso esta herida es todo lo mala que dicen, he llamado al notario y le he dictado mis últimas disposiciones para mi testamento. Y ahora, para que todos sirváis de testigos, quiero deciros que toda mi hacienda y el título que heredé de mi padre pertenecerán a mi hijo Manuel, como es de razón, y que mientras yo esté enfermo, él es quien gobierna en esta casa. Si yo muriera, no deseo que mi mujer, que vive en la Alta California, en Nueva España, venga a vivir a Cádiz o tenga mayor parte en mi herencia que lo

que le dejo en mi testamento en memoria de los años que compartimos.

10 Hizo una pausa y su cuñada le alargó una copa con agua fresca. La necesitaba. ¡El maldito calor! Tenía la lengua como estropajo. Disfrutó con las caras de sorpresa y los contenidos murmullos de los criados en el fondo de la habitación. Su cuñada tenía cara de esfinge; su hijo, de asombro. Todos sabían que se había casado con una criolla cuando estuvo en el gobierno de Nueva España, pero nadie lo decía en voz alta y él lo había dejado pasar.

—Respecto a mi hija —y sonrió porque esto sí era sorpresa para todos—, que ahora debe tener nueve años, le dejo una dote para cuando se case o bien entre en religión. Mi hijo Manuel se encargará de su abono. Y ya pueden salir, que quiero hablar con mi hijo a solas.

Fueron saliendo de la habitación. Doña Amalia se emparejó con el médico y el administrador.

Fue ella la que cerró lentamente la puerta dejando solos al conde y a Manuel.

Fuera, la mujer se volvió al médico y le preguntó: —¿Cómo está?

El médico se secó el sudor de la cara antes de contestar:

—Muy mal. La gangrena ya llega a la ingle; era una herida muy pequeña, pero hace mucho calor y se ha infectado; tal vez tuviesen razón los cirujanos que querían cortarle la pierna en Bailén. Ahora ya no tiene remedio.

Doña Amalia entrecruzó con fuerza las manos.

11

—¿Cuándo?

—En cualquier momento; lo que resista el corazón.

—¡Conque tiene una hija en Nueva España! Y ahora lo dice... Ojalá se quede con su madre siempre.

Camino de Cádiz (septiembre de 1811)

El coche daba tumbos por la carretera, rebotaba en cada bache y levantaba nubes de polvo amarillento. El conductor animaba a las mulas y reprimía los insultos y las maldiciones por respeto a los pasajeros. Otras veces no lo habría hecho; al igual que otros conductores de carretas y diligencias, afirmaba que el mejor remedio para espabilar a unas mulas cancinas eran un par de buenas palabrotas.

Pero en aquel coche viajaba don Jenaro, el administrador del conde de los Llanos, y una niña y una mujer mestiza que, evidentemente, era una criada. A juzgar por el acento, ambas venían de la Nueva España y el cochero no deseaba problemas con ninguno de los grandes señores.

Dentro del coche, el calor era sofocante; los tres pasajeros saltaban a cada bache sobre los duros asientos tapizados de pana. El hombre, vestido

con casaca de seda, calzón y medias, se pasaba sin cesar un pañuelo, que ya no era blanco, por la frente y por la cara. La mujer y la niña manejaban el abanico sin descanso.

14

La niña apoyó la frente en el cristal polvoriento de la ventanilla y miró los campos. Eran viñedos, porque en algunos sitios se veían los sarmientos secos y retorcidos y algunas hojas verdes mustias entre la tierra seca y agrietada.

—¿No deberían estar verdes con hojas y racimos? Aquí, ¿cuándo se vendimia?

El hombre miró con enojo a la niña.

—¿A la criollita no le gustan nuestros campos? —comentó—. ¡Lástima que el señor conde no encargó un paisaje del gusto de la señorita!

La mujer se removió, incómoda, en el asiento, sin atreverse a hablar. La niña miró fijamente al hombre; tenía los ojos grandes y tan oscuros que no se distinguían las pupilas. El pelo también era muy oscuro y rizado, y los bucles le caían sobre la frente. Iba vestida de blanco con un traje adornado de encajes, que ya estaba gris por el polvo.

—No he querido disgustarle, pero es triste el campo tan reseco.

—¿Le parece triste? ¿Olvidó que llevamos tres años en guerra? Desde mayo de 1808, toda España está en guerra; los reyes padres y nuestro rey don Fernando están prisioneros en Bayona y gobiernan las Juntas. En Cádiz está la Junta central, pero la ciudad se encuentra sitiada y los correos tienen dificultades; nosotros atravesaremos las líneas francesas por caminos que solo conocen los campesinos, para poder llegar a la casa del señor conde. España entera está invadida y en Madrid se gobierna en nombre del rey intruso José Bonaparte. Todo el mundo ha sufrido, no solo las viñas.

La niña no replicó y volvió a apoyar la frente en el cristal. Recordaba las praderas de su tierra y las extensiones cubiertas de naranjos. Estaba cansada del largo viaje. Hacía casi un año que habían salido de Monterrey, en la Alta California, y Juana María, su niñera, y ella habían atravesado todo México antes de embarcar en Veracruz. En alta mar había cumplido doce años y el capitán ordenó preparar una enorme tarta de la que comieron los pasajeros y la tripulación. Después, la orquesta había tocado música y todos bailaron. Era el mejor cumpleaños que recordaba.

Había sido una niña solitaria en la gran hacienda de su abuelo. De su padre solo recordaba la estatura. Había marchado a España porque el rey le reclamaba, le decía su madre. De cuando en cuando, el correo traía carta y su madre le enseñaba el final: *Un fuerte abrazo y muchos besos para mi niña.*

16 La niña sentía una irritación sorda hacia aquel padre que no conocía y que estaba tan lejos y solo la recordaba al firmar las cartas.

Juana María la enseñó a bordar y su madre, a sentarse derecha, a comer con buenas maneras y a saludar educadamente a las visitas. Fray Nicasio, el franciscano de la misión, le hacía repetir las muestras de caligrafía y leer en voz alta el catecismo y, después de la cena, en el porche, mientras el sol se ocultaba en el horizonte, su abuelo le contaba viejas historias de los descubrimientos y le enseñaba mapas de América y de España. En los largos días en que se aburría, el capataz la enseñó a familiarizarse con los caballos y aprendió a cabalgar como las damas y también a lo chico, levantándose la falda sobre las pesadas sillas de faena de los vaqueros. Su madre se enteró y la dejó castigada durante muchos días. Entonces se refugió en

la biblioteca de su abuelo. Leía todo lo que podía. Era una niña callada, que se volvió más callada aún cuando, inesperadamente, murieron su madre y su abuelo, y se quedó más sola.

Luego había llegado la carta de España, y los hombres que, en su momento, se habían reunido para leer el testamento del abuelo le prepararon los baúles y decidieron que tenía que viajar a España. Intentó discutir, pero ni siquiera la escucharon. No era más que una niña de la que los mayores disponían sin dar explicaciones, como si fuese un paquete.

17

El paisaje había cambiado; ahora había árboles y las mulas se abrían paso despacio, por un sendero estrecho. El mozo les había quitado las colleras con cascabeles y llevaban los cascacos envueltos en trapos. El cochero no las arreaba y ni siquiera utilizaba el látigo que había restallado durante todo el día. La tarde iba vencida y el cielo se volvía color turquesa con pinceladas púrpura.

Tras la zona arbolada, comenzaron a verse casas; el cochero volvió a utilizar el látigo y los cascacos resonaron de nuevo sobre el camino. Anoche-cía; encendieron unos faroles en los laterales del coche, pero ya no se distinguía el paisaje.

El coche redujo su marcha hasta que los caballos fueron al trote y el hombre dijo:

—Ya hemos llegado a la casa del señor conde.

La niña se enderezó en el asiento; sentía un pellizco de ansiedad en el estómago: el señor conde era su hermanastro, un hermanastro al que no conocía.